

CAPÍTULO I

DEL CIELO VINO EL INFIERNO

Ayn Rand identificaba al misticismo como un enemigo de la ética. Su filosofía llamada objetivismo sostiene la existencia de los valores morales en la realidad comprobable por la razón. Tales valores están vinculados a lo humano, a la supervivencia del hombre en tanto tal, a ningún fin superior. La ética es, así, el código de conductas que permiten la vida del hombre como lo que es. El misticismo como lo ve Rand es una forma de irracionalidad intencional, de renuncia al descubrimiento de las cosas como son, para someterse a un orden trascendente, misterioso e indiscutible, no humano, ajeno. A la obediencia.

La palabra objetivismo tiene que ver con valores que existen con independencia de la voluntad subjetiva, sea del yo o de los otros. Nos explica Rand que la ética tradicionalmente se ha sustentado en el altruismo¹ (con su máximo exponente en Kant), esto es, la noción de que lo ético es lo que quieren los otros y requiere mi sacrificio, por oposición lo que quiera yo mismo y requiera el sacrificio de los demás, lo que sería a su vez otra forma de subjetivismo. El altruismo es otro de los obstáculos que se oponen a la ética objetiva; según Rand, la vara de validación fundada en la renuncia y el desinterés. En el altruismo así definido, el bien del otro es el que autoriza la acción desde el punto de vista ético.

¹ Ayn Rand, *La virtud del egoísmo*.

Se trata de dos caras de la misma moneda. Para Rand, los valores existen con independencia de la voluntad y como un descubrimiento que parte del reconocimiento de la existencia, de lo que el hombre es, a lo que aspira y cómo lo consigue. La ética, por lo tanto, no depende de los caprichos ni del grupo ni del individuo. Su respuesta es un egoísmo racional en el que el individuo busca su propia felicidad reconociendo que sus congéneres persiguen lo mismo y son igual de racionales que él. Ella no cree siquiera que la tradición o las costumbres sean la fuente de legitimación de esos valores.²

En mis primeras lecturas de Rand, esta desconfianza hacia lo místico me parecía exagerada. Pensaba, como muchos, en ese supuesto orden que nos rodea tan parecido a un diseño; en la coherencia de la existencia y, sobre todo, había heredado el creer sin ver propio del cristianismo que me acompañó hasta hace algunos años. Esa fe es uno de los primeros mensajes que habrá que aceptar para permanecer en el credo: ciertas cosas son ciertas y no se pueden comprobar. En ese paso empecé por enojarme con el que lo sabía todo allí arriba, como muchos otros. Después nada más mastiqué la idea de la soledad de la vida, cuyo vacío se prolonga porque nos aferramos a distintos cuentos sobre lo que hay más allá. Como buscamos su sentido ulterior, parece no haberlo más acá. Ahí es dónde aparece el cargador de iPhone para finiquitar este problema, ya veremos por qué.

Hoy veo aquella fe como una interrupción en el desarrollo de la consciencia, pero cuando Ayn Rand cayó en mis manos, su visión sobre el misticismo me parecía válida solo si se la circuns-

² Es la visión opuesta a la del imperativo categórico Kantiano que requiere el desinterés para que la acción pueda considerarse moral. Es decir, lo ético está en el sacrificio. En Rand la ética requiere el propio interés, no existe el sacrificio, se trata de perseguir un valor superior. Pero superior no es un estándar que somete al hombre, se trata de una superioridad en sus propios intereses. Se puede sacrificar un valor, como un costo, para conseguir otro. Pero el individuo no solo no se sacrifica, sino que gana.

cribía a la relación entre la religión y el Estado, que se superaba con su estricta separación. Hasta me parecía un tema superado en nuestra modernidad.

Ahora, por haber estado tan cerca del burdo misticismo de ocasión del populismo, entiendo que las deidades, los gobernantes que no vemos, adquieren formas diversas y mutan en cosas como el «bienestar general», el «destino manifiesto», la «pureza racial» o la «hermandad humana»; incluso la «democracia» y siempre con el mismo efecto de justificar el sometimiento y el mando aquí en la Tierra. El poder político y el autoritarismo son pura fe. En su aspecto menos simpático, Dios representa a la prohibición de un modo que se ve muy claro en el control de las drogas. Las fallas o el fracaso de esa política nunca se atribuye a la prohibición en sí, sino a la libertad. La prohibición es hija de la culpa.

Desde mi punto de vista, la ética tiene muchas fuentes, se construye con el ensayo y error; se la revisa, evoluciona, se desvía y se vuelve a encarrilar. La explicación, la consciencia y la descripción de la ética como teoría requiere de la razón que es nuestra única herramienta de conocimiento. No se trata de un mecanismo prodigioso; de hecho la razón aprende más con los errores que con los aciertos, si se guía por un valor moral que es la honestidad. Para David Hume, los sentimientos constituyen el elemento central de la ética. Sin embargo, los sentimientos no explican nada, pueden apenas motivar una conducta, dado que el corazón es un músculo. Para Rand, los sentimientos son el correlato de las ideas y los valores. El origen no me parece tan importante de determinar como el hecho de que la ética es un conocimiento y como tal requiere de la razón. Los sentimientos no la podrán describir.

El debate es arduo y tal vez interminable, pero Rand acierta sin duda en el punto en el que es la razón es el mecanismo que explica las reglas de conducta.

Para justificar o condenar determinadas acciones, no hay otra herramienta que un razonamiento lógico y se necesita un punto

de partida. Podemos elegir detenernos en algún límite y sostener que determinada regla debe ser aceptada porque así viene dada, sea por el cielo, por la costumbre, por el consenso, por las sensaciones, por el motivo que sea. Ahí finalizará sin remedio lo que tenemos que decir desde el punto de vista ético y la ética en sí como conocimiento. Es el comienzo de la mera irracionalidad (sentimiento) o del mito si adquiere la forma de relato.

El misticismo con carácter de religión compite con la ética como orden que nos trasciende y debe ser obedecida porque demanda disciplina. Si uno piensa cuántas veces la religión ha sido una forma de legitimar a la política es porque vivimos en una era en que la política en sí ha pasado a ser considerada una forma de servicio público real y no místico. Ya no se nos dan órdenes por algún cuento mágico o bajo amenaza, sino para servirnos, como el *delivery* de las pizzas.

Pero mi impresión es que la religión ha sido siempre un instrumento político, un relato que permite justificar el mando y la obediencia, no al cielo, sino a sus representantes en la tierra. Se trata de una referencia aún más poderosa que la invocación ancestral, tal vez incentivada por el deseo del poder mismo de sobreponerse a las tradiciones.

El pensamiento republicano ha hecho un enorme esfuerzo en la separación de la Iglesia y el Estado que a esta altura me parece vano. La religión no solo es política, sino que limitarla a la organización eclesiástica y querer convertir a esta en una mera actividad privada, lo único que consigue es transferir al Estado implícitamente los atributos propios del misticismo explícito, que también reducido a servicio se ha acercado a una forma de autoayuda. Con el inconveniente de que en su novedad, la doctrina mística estatal es nueva y brutal, sin sentirse vigilada ni verse moderada por una larga tradición o un libro sagrado.

Esto sucede por no advertir dónde se encuentra el error. El problema no era el modo de justificar el mando en el más allá. El

problema era justificar el mando. No había que separar a la Iglesia del Estado, sino separar al hombre de la obediencia. Grande el trabajo que me he propuesto, ¿no?

La ética intenta responder a la pregunta de qué es bueno hacer. La religión en cambio indaga acerca de qué nos mandan a hacer. La separación de la Iglesia y el Estado nos ha dejado una doctrina secular de la legitimación como un subproducto de los tiempos revolucionarios, un tanto difusa y contradictoria, sin que haya sido revisada a fondo hasta ahora. De todo lo que tenía para llevarse la religión a la vida privada, nos ha dejado lo peor, es decir al poder político; al César.

Si la legitimidad significa el modo en que el mando de unos sobre otros se justifica, la última versión de legitimación es la democrática. Pero la legitimación es la pretendida juridicidad de la relación política y tal cosa solo cierra si hay alguien desde un cielo que nos la impone. O algún otro elemento místico como una supuesta voluntad de la «naturaleza». Así, se consideraba «natural» que algunas personas fueran esclavas de otras. Lo mismo ocurre si concebimos a la política en su etapa secular democrática: puro misticismo.

Una ruptura parcial, pero paradójica se produce con la idea de autogobierno en la Revolución Norteamericana, que intenta sintetizar lo imposible de sintetizar, es decir el mando y la obediencia. Un par no nos puede dar órdenes. Para concebir eso, hay que ponerlo por encima en base a alguna idea falsa. El que obedece no puede legitimar al que manda. Tal cosa no solo es una contradicción en términos, sino que el que obedece podría ponerle fin a su voluntad de obedecer en cualquier momento,³ lo que dejaría al descubierto que no obedece de verdad.

³ Como ocurre por ejemplo con el contrato de trabajo. En un contrato de este tipo tampoco hay legitimación del mando en tanto tal, es solo un compromiso revocable y a cambio de una contraprestación.

La democracia en ese sentido, aún cuando intenta hacer al hombre protagonista, es nada más que la inversión del modelo de mistificación. El arriba ahora está abajo, pero sigue siendo un modo de establecer que se debe obediencia. Separar a la religión del Estado es algo que no puede hacerse sin fundar otro mito. Con el fin del misticismo debió haber desaparecido la estructura política basada en el mando y obediencia y ser reemplazada por otra de colaboración, pero vino Hegel y entonces apenas se secularizó a Dios en el estado. Otra pureza que se define por la impureza. Un cielo que es la versión negativa de un infierno, lleno de enemigos.

Pero ese punto tan crucial prefiero dejarlo para el final.